

puntos vulnerables; como que no faltan médicos ilustres que erigen en axioma esta afirmación: «Quienes mejor digieren son los necios.»

* *

A Mondáriz, milagroso para el estómago, afluyen nuestros «ilustres enfermos» los descalabrados de las letras, de la política y del arte. Si deseáis conocer, sorprender en su vida diaria a los escritores españoles de renombre, a los políticos de talla, a Mondáriz. Por allí ha desfilado en pocos años lo escogido de la *inteligencia* española. Yo espero no morir sin haber visto acudir a la de otros países — la de la América del Sur ya empieza, la de Portugal aprendió el camino antes que nosotros. — Los ingleses, gollondrinas, aves de paso, llegarán pronto a enterarse de que en el balneario gallego, para ellos de tan fácil acceso por Vigo, existen los elementos de *comfort* y de recreo sin los cuales el anglo-sajón no comprende la vida: el baño, la luz, el aseo, el calor, el lavado a máquina, la carne y la leche en abundancia y de primera, el parque con sus umbrías, el paisaje con sus hechizos, el palenque para el *tennis*, el río para el *sport* de la pesca y de la boga... Y el día en que se enteren, nos expulsarán de Mondáriz a los españoles, porque vendrán a bandadas a corregir con la alcalinización los excesos del *porto* rojo, del *sherry* ambarino, de la densa y biliosa cerveza y del abrasador *whisky*...

* *

La verdad es que nos parece un sueño — a los que conocimos a Mondáriz cuando era mísero grupo de ruines casuchas, y no nos caemos de viejos aún — el estado del Mondáriz actual, donde se eleva el mejor establecimiento balneario, sin disputa el más suntuoso de la península, y a su alrededor nacen cada año hoteles espaciosos, y brotan a docenas esos lindos edificios peculiares de la provincia de Pontevedra, todos de albo granito, con alegres tejados de un rojo de coral. Porque Mondáriz no es cual otros balnearios que he visto, una construcción aislada entre montañas ásperas, abruptas rocas y en una especie de desierto: es un palacio situado en un oasis salpicado de habitaciones humanas, que, andando el tiempo y si la bonanza continúa, llegarán a constituir, como en Carlsbad, como en Vichy, una población compacta, caprichosamente apiñada, con una red de calles de pintoresca irregularidad. El terreno, en sitio tan privilegiado, ya va adquiriendo subido valor.

* *

Tanta riqueza, tanta vida, la ha creado principalmente un hombre de modestos recursos, que empezó sin disponer de capitales, pero que rebotaba inteligencia y actividad: Enrique Peinador, de quien no escribo esto porque le profeso amistad, sino a quien precisamente profeso amistad por haber hecho esto. Si en España existiesen muchos, muchos espíritus emprendedores y dotados de la *imaginación de lo real* que posee Enrique Peinador, no nos veríamos hoy en el caso de envidiar las condiciones prácticas y creadoras de la raza que nos ha puesto en la garganta el pie. Enrique Peinador no es exclusivamente un industrial, aunque su empresa constituya tan lucrativa y floreciente industria, pues las aguas de Mondáriz, seguro preservativo contra las enfermedades que originan los climas tropicales, se exportan al mundo entero y en especial a las Américas españolas — ¡sí, españolas siempre, por el idioma, por la raza, por la civilización entera, mal que les pese a los que desearían raernos de la faz de la tierra, a nosotros que la hemos redondeado! — Decía que Enrique Peinador, en este positivo negocio de las aguas de Mondáriz, ve más allá del negocio: ve la prosperidad de una región, ve a los extranjeros afluyendo a Galicia, descubriendo sus bellezas, trayendo aquí adelantos y bienes; ve la superioridad de España sobre Francia en cuanto estas fuentes se dejen atrás a las de Vichy, y ve el bienestar de la mejoría difundidos entre los miles de personas que pagan anual tributo a las náyades de Troncoso y de la Gándara. Y porque ve todo lo que digo, Peinador ha gastado prodigamente, al erigir el soberbio hotel, en muchas cosas que son puro lujo y poesía, y que tienen algo de lo excesivo que Bourget nota en la civilización de los Estados Unidos; a este orden de gastos de imaginación corresponde la bella y artística escalera del hotel, un modelo de suma elegancia, construido *ad hoc*; la proyectada *serre* de orquídeas, que el vapor del agua tibia se encargará de desarrollar; el espléndido decorado del comedor, y otros refinamientos que no sé si en algún punto de España podrán encontrarse. Para completar la silueta del creador de

Mondáriz, añadiré que en vez de aguardar a que le construya el gobierno el trozo de ferrocarril que necesita para llevar cómodamente a los viajeros desde Salvatierra hasta el balneario, se le ha ocurrido lo que se le ocurriría a un yanki (con paz sea dicho), construir él mismo el ferrocarril, explotarlo él mismo..., y la ayuda del gobierno que la esperen con calma los apocados y los débiles.

* *

Y en esta época del año para los trashumantes, no concibo veraneo más agradable que el que ofrece Mondáriz. La clase de dolencias que allí se curan atrae una muchedumbre que no parece enferma, y que sólo aspira, en apariencia, a divertirse. El que quiere sociedad la encuentra a todo momento, y el que desea evitar la promiscuidad algo pegajosa de los balnearios, tiene espacio por donde extender sus pasos, sin tropezar con nadie más que con su propia sombra. De la encantadora amenidad de la comarca, ¡se ha dicho y escrito tanto! Aunque Mondáriz en general se puede llamar país montañoso, tiene rientes vegas y la vid pinta de carmín sus pámpanos en las laderas suaves; las márgenes del río Tea guardan rincones de una frescura deleitosa, y los viejos puentes del siglo xv, los desmoronados castillos, los conventos, las ermitas, ofrecen asuntos de excursiones variadas. A corta distancia, relativamente, de Mondáriz, están Puenteareas, el balneario de Caldeas de Túa, el mismo Túa, Vigo, Orense, Salvatierra, Portugal. Las azules sierras del vecino reino se otean desde lo alto de las almenas del roquero de Sobroso.

Los verdaderos dolientes (que, ya se sabe, constituyen la minoría), en Mondáriz hallan, además del remedio eficaz dosificado, decantado, filtrado y sazonado por la naturaleza, un médico eminente, el director, Isidro Pondal, hombre de sagacidad y certera observación, de estudio grave, de experiencia insustituible para esas aguas en las cuales lleva ejerciendo creo que veinte años. Mi afición a la medicina me ha hecho conocer a muchos doctores ilustres, en cuya conversación encuentro siempre gusto y enseñanza; por eso me he acostumbrado a discernir el médico de alto vuelo, y digo que lo es Isidro Pondal y que merece la frase que el universalmente renombrado Durand Tardel, lumbrera de la ciencia francesa, pronunció en Vichy cuando le enseñó un directorio trazado por otro gran médico español, Pérez Costales: «Señora, teniendo en su patria de usted estos doctores, no creo que sea sino galantería el consultarme a mí.»

* *

Acaso me preguntará alguno de mis constantes lectores (sé que los tienen estas crónicas), si en Mondáriz es todo bueno, o si mi afecto a la tierra gallega me dicta estas alabanzas. Responderé al lector que evoque sus recuerdos, que repase las crónicas anteriores, y vea si en ellas domina, trátase de lo propio o de lo ajeno, exagerado optimismo. Cuando no puedo alabar aquello que sin embargo es para mí querido y allegado, guardo silencio. Pero sería la mayor de las injusticias no elogiar lo bueno, sólo porque lo tenemos cerca y lo miramos con predilección.

Por otra parte, es consolador, y más en estos instantes, que algo *nuestro* valga y prospere. ¿Cómo no ha de regocijarnos que se cree inmensa riqueza donde vimos un yermo? Mondáriz es lo contrario de España: ésta, ayer fué poderosa, gloriosa, envidiada..., hoy se viene a tierra, se desmigaja — permítaseme este verbo familiar.

* *

No quiero, sin embargo, que se me acuse de que tengo a Mondáriz por cosa perfecta. Además de las imperfecciones inevitables en toda obra humana, hay en Mondáriz otras bien fáciles de evitar y que se remediarán, no lo dudo, con el tiempo. Citaré, por ejemplo, los mendigos. De ellos está infestado aquel hermoso lugar: en doble fila acometen al que baja a la fuente de Troncoso, con planideros relatos y postulación encarnizada. Por si el municipio de Mondáriz quiere tomar mano, diré lo que ocurre en el balneario de Ontaneda (Santander). Durante toda la temporada, en Ontaneda, ni un solo mendigo me salió al paso. Recorrí la montaña, pasé los caminos, sorprendida de no ver pobres pedigüenos. El día de mi marcha, cuando cargaban los equipajes en el coche que había de llevarnos a Renedo, ocho o diez pordioseros me tendieron la mano, exclamando: «Nos prohíbe el Ayuntamiento pedir, excepto el último día.» Agradecida y gustosa los socorrí de una vez. ¡Sabio municipio el de Ontaneda!

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MONDÁRIZ

No siempre hemos de tratar de guerras y paces; no siempre hemos de revolver el hierro en la herida; no todo ha de ser lamentos é indignación; un instante de tregua se concede al mayor sufrimiento, y por hoy me propongo no aludir siquiera a lo que nos preocupa actualmente, aunque verán ustedes como al fin y a la postre caigo en ello sin querer, porque no hay camino que no conduzca adonde tenemos fijo el corazón...

Lo cierto es que mi programa, en esta crónica de la vida contemporánea, es decir algo del famoso balneario de Mondáriz, donde se encuentra actualmente el otro cronista de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA — Emilio Castelar. — De las aguas de Mondáriz espera el alivio de su padecimiento reumático el gran español, y su estancia allí es signo indubitable de la verdadera representación y papel medicinal de esos manantiales sobre cuyo surtidor podría escribirse con doradas letras: «Aquí se curan los estragos del pensamiento y los daños de la civilización.»

* *

Obsérvese que entre las aguas minerales las hay que es honroso beber, y las hay que es sospechoso y denigrante... No he de especificar estas últimas, libreme Dios, por lo mismo que su nombre y virtudes están en la memoria y en la mente de todos; pero al frente de las primeras, de las que *viste bien* tomar y necesitar, figuran las *bicarbonatadas sódicas* — Vichy, Mondáriz. — Sin afirmar que sólo acuda a estas fuentes la gente de entendimiento, de actividad cerebral y de alta cultura, digo que en ellas siempre la he visto en mayoría. La fatiga intelectual y sus consecuencias terribles se remedian con los álcalis y los gases carbónicos. Al través de la sangre curan el espíritu, y así son remedio para el alma y para la materia.

Los que piensan, luchan, estudian y escriben, hallanse expuestos a perder el equilibrio sanitario con facilidad suma. El que no es nervioso de nacimiento, acaba por ser nervioso de adquisición; el que trajo al mundo un estómago de hierro, acaba por no digerir; el que no sospechaba el amargor de la hiel y lo creía tal vez figura retórica, se siente impregnado de ella, con el hígado infartado, la boca pastosa y seca, los ojos amarillentos; el que dormía como un lirón, encuentra a su cabecera el fantasma delirante del terco insomnio. La *mens sana*, el maduro raciocinio, se engendra quizás del cuerpo enfermo, y el individuo superior echa de ver que ha enriquecido su cerebro, pero ha debilitado su organismo, y que el pobre *andrógeno*, como llamaba a la carne cierto genio ultraespiritualista, se venga cruelmente.

Goncourt lo nota en un pasaje de su interesante *Diario*: todos los literatos están más ó menos enfermos, todos absorben potingues y drogas. «Belot — escribe el autor de *Germinia Lacerteux* — se nos presenta con su cara de buen año, colorada y risueña; pero al sentarse a la mesa, saca del bolsillo un frasco de gotas amargas de nuez vómica.» Lo que caracteriza el padecimiento de origen intelectual, es ser *interno*, y de diez veces nueve, de pulmón abajo. El estómago, el hígado, los riñones, los intestinos,